

Fragmento

# El aire que respiras

Care Santos



Vuelve la autora de *Habitaciones cerradas*. 70.000 ejemplares vendidos.  
Un gran éxito internacional. Publicado en 18 países.

Care Santos



El aire que respiras

*A Deni Olmedo,*  
rara temporum felicitate



*Y a quienes aman los libros*  
quoniam ipsi saturabuntur

La dicha de poseer libros supera  
la vanidad de ser rey.

ANTONI PALAU I DULCET

Tiemblo a tu voz y tiemblo si me miras  
y quisiera exhalar mi último aliento  
abrasada en el aire que respiras.

CAROLINA CORONADO

# UN EPISODIO HEREDADO DE OTRO TIEMPO



Los libros tienen su destino

TERENCIANO MAURO



na fina llovizna empieza a jaspear la polvorienta berlina en la que viajan, camino de Barcelona, dos fugitivos franceses. Estamos en los boscosos alrededores de la villa de Hostalrich y en el invierno del año 1793. Las nubes avanzan negras por el horizonte. El viento azota el mundo sin misericordia. Los viajeros, que llevan ya mucho camino bajo sus magras posaderas, no tienen ganas de hablar.

Son dos: en el pescante, arreando a las mulas, va un hombre más bien gordo y nada viejo, que viste como un aldeano y que pasa por serlo gracias a ciertos detalles, como su quijada protuberante, sus manos grandes y velludas o el olor a ajo que suele desprender su aliento. Sólo quien le vea quitarse el sombrero de ala se dará cuenta de que va tonsurado. Si le oyéramos hablar, ya sería otra cosa, porque sus gustos y sus maneras sí son los de un religioso. Salió de París en calidad de frailecillo agradecido a quien acababan de salvar el pellejo y por el camino se ha convertido en amigo y servidor para toda la vida del hombre al que acompaña. Responde por Serafín Girabancas.

Dentro del coche va el otro, el señor, inquieto pero durmiendo. Tiene treinta y dos años, nació y creció en Versalles, hombre muy viajado y muy leído, y por ello escéptico de casi todo, de profesión nada en absoluto, puesto que ostentaba el honor de ser bibliotecario real de su majestad Luis XVI y ahora el rey es un plebeyo y la biblioteca, una piltrafa. Los que

desde hace poco mandan en su país le consideran un traidor, pero a él le da lo mismo, pues su opinión de ellos es mucho peor. Lo único que persigue es silencio para leer y anonimato para no tener que opinar. Opinar le parece agotador. Su nombre es Victor Philibert Guillot y es, como resulta evidente, un ser poco común.

Guillot ha decidido establecerse en Barcelona porque conoció el lugar hace algunos años y le pareció la más francesa de las ciudades extranjeras, pero mucho más apacible. También porque pudo comprobar que el chocolate que allí venden es de una calidad extraordinaria. Y si por algo pierde la cabeza el muy comedido Guillot es por una buena taza de chocolate.

De modo que allá van, hacia su nueva existencia, cuando, al vislumbrar Arenys, la lluvia arrecia. El mar es del color del plomo. Aún no se preocupan: han atravesado ya muchas tormentas en lo que va de viaje y ninguna pudo con ellos. Los dos piensan que hace falta mucha lluvia para detenerles y las mulas parecen darles la razón con su tozudez más bien indiferente.

En Arenys, Guillot tiene un recuerdo para un joven amigo nacido en esta villa de constructores navales a orillas del Mediterráneo y se pregunta qué habrá sido de él, pues lo último que supo era que emigraba a Cuba, huyendo de los acreedores que le acosaban. Anota en sus pensamientos: «Tengo que escribir a Xifré en cuanto pueda darle mis nuevas señas», pero sus propósitos se ven interrumpidos por una violenta sacudida, que casi le derriba del asiento. La arqueta que viaja con él —de patente francesa, con dos candados, barras y chapa bajera, todo de bronce— no sufre daños porque alcanza a sujetarla antes de que se caiga.

Por la ventana, Guillot ve una torrentera inaudita, frente a la cual se han detenido las mulas, indecisas. En el agua flotan troncos, ruedas, sillas, alguna que otra cómoda y hasta un buey mugiendo de la impresión. En el mar, el barro deja un rastro turbio y extenso. El chaparrón cae ahora con una fuerza extraordinaria. Los animales bufan. El capellán protesta:

—¡Qué manera más endemoniada de llover!

Guillot pregunta:

—¿Qué hacemos?

—Buscar un modo de cruzar, claro.

El único modo de cruzar es armarse de paciencia y de coraje. Lo consiguen después de esperar más de una hora a que amaine la lluvia y se aplaque un poco la furia de las aguas.

Los caminos están ensopados. Las casas, anegadas. En los pueblos que atraviesan ven por todas partes gente luchando contra una inundación que ya les llega más arriba de las rodillas.

Girabancas se santigua. Guillot se asegura de que la arqueta que lleva consigo como si fuera una compañía humana se encuentra a salvo. El agua es su peor enemigo. Si tuviera que elegir, antes la entregaría al fuego. Aunque mejor no tener que elegir, concluye.

El aguacero les ha dejado sin fuerzas. Deciden ser razonables: detenerse, comer caliente, dormir un poco en un lecho seco y, sobre todo, atender a las pobres mulas, que no tienen la culpa.

—Hay que ponerlas a cubierto y abrugarlas bien —advierte el cochero, desde el pescante.

Así, bajo la amenaza de un cielo negro, arriban a Mataró. Preguntan al único hombre que encuentran y les guía hacia un hostel que les queda de camino y no muy lejos. El Montserrat. Llegan a él con el ánimo del náufrago que ve un buque en su horizonte. Están de suerte, porque el Montserrat es un buen establecimiento, de los mejores del país, limpio, de buena mesa, frecuentado por gente ilustre. Hoy, la aversión al agua de los viajeros ha dejado libres algunos cuartos. El hostelero les recibe gustoso, contento de que la lluvia le traiga lo mismo que le quita. Poco después, los dos hombres están sentados a la mesa, aliviados dentro de sus ropas secas, la arqueta está a buen recaudo en la habitación recién alquilada y las dos mulas están en el establo, cubiertas con mantas y, a su manera, felices.

En la mesa, Guillot demuestra ser más curioso que glotón.

El hostelero, de nombre Tomàs Ribot, posee el don de embellecer a sus huéspedes con recetas que cuenta como si fueran novelas:

—Tengo el menú ideal para su fatiga, *monsieur*—asegura—. Lo compone un buen caldo, con sus macarrones bien hervidos, seguido de las diferentes carnes de la olla: buey, por san Lucas; cerdo, por san Antonio Abad; cordero, por san Juan, y gallina, por san Pedro. Les llamamos los Cuatro Evangelistas para que bendigan nuestros estómagos. Luego añadimos tocino y butifarra, las verduras con las que tenemos más confianza por haberlas visto crecer en el huerto —coles, nabos y calabacines—, y nuestra excentricidad más simpática: una pelota hecha con carne y mezclada con huevo y su poco de ajo. Es tradición servir este plato acompañado de una salsa de tomate, pero hoy añadiré en su honor otra, muy fina, de grano de mostaza, por ser esa planta paisana suya.

—¿Y no hay salsa de ajo? —interrumpe Girabancas, y Guillot le fulmina con una mirada de reprobación.

—Podemos preparársela, por supuesto, si es su deseo...

—No le haga caso. El ajo apesta y es propio de bárbaros —tercia Guillot, y dirigiéndose hacia el posadero, añade—: Haga el favor de continuar.

—Como guste, señor. Sólo me falta por añadir que tras comer cuanto le he referido, se levantará de la mesa enamorado y deseando no marcharse de esta casa —sonríe el hombre, orgulloso.

Estas palabras resultan providenciales. *Monsieur* Guillot come a dos carrillos, cosa extraña en él y, aunque no se termina todo lo que Tomàs le sirve, alaba cuanto prueba y admira cuanto ve. Sobre todo a la camarera, una joven aún niña, morena y de ojos grandes, que se peina con dos trenzas y que es la encargada de rellenarle de agua y vino las copas. Sólo por verla volver, Guillot bebe hasta que la cabeza le da vueltas.

Cuando Tomàs pregunta:

—¿Ha sido de su agrado el almuerzo, *monsieur*?

Él sólo atina a responder, buscando a la aguadora con la mirada:

—Oh, sí, sí, en grado sumo.

Ya todo ha desfilado por el plato como por un escenario y no hay más que ofrecer, pero viendo que el cliente no desaloja la mesa y que su presencia es la única del comedor, el hostelero se ve en el apuro de preguntar:

—¿Hay algo más en lo que pueda servirles, caballeros?

—Sí —salta Guillot, despertando a un letárgico Girabancas—. Quisiera saber cuál es el nombre de esta maravilla.

—*Escudella y carn d'olla, monsieur*—responde Tomàs, presto.

—Ah —cabecea Guillot, pensando «nadie que no haya nacido en esta tierra sería capaz de pronunciarlo», y puntualiza—: Mas no me refería al plato, sino a la joven.

Tomàs, que es hombre de gran astucia, sonrío complacido.

—Ah, *monsieur*, tiene usted un paladar excelente. Sabe elegir lo mejor, sin duda. La joven es mi primogénita. Responde por Juliana, como mi difunta esposa, y se parece a ella de los pies a la cabeza —hace un gesto a la niña, para que se acerque—. Saluda a *monsieur* con el debido respeto.

Juliana Ribot hace una reverencia graciosa. Es una criatura sonriente.

—¿Desea usted más agua? —pregunta.

—¿Cuántos años tiene, señorita?

—Once.

Guillot no esperaba que fuera tan niña. Paladea la sorpresa en busca de algún remedio, pero no los hay para estas cosas del tiempo. Como la situación se alarga sin que nadie entienda la razón, el hostelero interviene:

—El señor está servido, Juliana. Ve a la cocina a ayudar.

—Sí, padre.

La niña hace otra reverencia y se aleja, con la jarra en la mano y unos andares de garza joven que complacen al observador.

—Tiene una hija encantadora —constata Guillot, turbado.

—Gracias, *monsieur* —el posadero se siente orgulloso.

—¿Tendría usted algún inconveniente en que la convirtiera en mi esposa? —la expresión del hostelero y la del capellán, que seguía la conversación desde un sueño indisimulado, se desentaja al unísono. Guillot se apresura a remediar los efectos de su rudeza—: Cuando llegue el momento, claro está. Estoy dispuesto a esperar el tiempo que haga falta. Ocho, nueve, diez años, lo que la prudencia y usted, que es su padre, estimen oportuno.

El hostelero le toma por un loco de atar, uno de esos a quienes los caminos vuelven visionarios, un triste a quien la añoranza de su casa hace desbarbar. «Lo que este hombre necesita es una buena puta», piensa, desde su lógica masculina. Se pregunta cómo ha podido tomarle en serio cuando Guillot prosigue:

—Soy hombre cabal y de cierta posición, señor, y puede usted comprobarlo cuando guste. Nunca he estado casado ni he permitido que me arrastren las pasiones indignas. Me considero persona de buenas costumbres, no niego que algo insípido, cuyo único deseo es encontrar una joven dispuesta a fundar conmigo una casa de buen gobierno. Si su hija se muestra conforme, sería el hombre más afortunado del mundo. Me instalaría en esta ciudad de nombre... ¿cómo era?

—Mataró —le socorre Girabancas, que para la toponimia tiene una memoria excelente.

—¡Eso mismo! ¡Mataró! Me instalaría sin demora y enviaría cartas a todos para comunicar la noticia. Tengo entre manos algunos negocios y no soy hombre de muchas pero sí de escogidas amistades. Como ya le he dicho, la prisa no me afea. La espera será dulce si hay posibilidades de éxito. Considere toda esta palabrería como una petición formal de la mano de su primogénita, caballero.

Al hostelero no se le ocurre nada que decir. Todo lo que logra balbucear es:

—¿Sería mucho pedir que me ponga todo eso por escrito, *monsieur*?

A lo que Guillot, satisfecho, responde:

—¡*Naturellement*, señor! Ya contaba con ello.

# I



BONAPARTE: Tengo una estrella  
conmigo, y mientras no me abandone,  
estoy destinado a cambiar la faz del mundo.

*La conversación,*  
JEAN D'ORMESSON

Llevaba casi veinte años sin ver a Virginia cuando supe de la muerte de su padre. «Muere el presidente del gremio de librerías anticuarias de Barcelona», rezaba un titular que alguien desconocido había dejado en mi muro de Facebook, tal vez porque sabía de mi lejana relación con la familia. Toda una incoherencia enterarme de ese modo, porque Antoni Rogés nunca quiso saber nada de nuevas tecnologías. Ni siquiera aprendió a manejar un ordenador. Consideraba un lujo mantenerse apegado a los métodos de siempre. Incluso la pluma estilográfica le parecía demasiado moderna y prefería sumergir el plumín en un tintero de cristal que le aguardaba, en su incongruente resignación, sobre la madera de roble de su escritorio. Escribía largas y hermosas cartas, de caligrafía difícil.

La noticia aseguraba que durante cinco años Rogés había presentado batalla a un cáncer que le carcomía los huesos, hasta que le tocó rendirse. A continuación trazaba una semblanza de quien consideraba «el último miembro de una especie de dinosaurios» y concluía diciendo que su recuerdo perduraría en los anaqueles atestados de volúmenes de su establecimiento de la calle de Canuda, toda una institución en la ciudad: la librería Palinuro.

Me pregunté, tanto tiempo después, por qué mis últimos recuerdos de Antoni Rogés también tenían dos décadas. Ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que le visité. Como si al dejar la carrera hubiera borrado también a todos los que

guardaban alguna relación con aquella época. Quién sabe, a los años les gusta jugar a hacer y deshacer relaciones.

La puerta del establecimiento de Rogés era de madera oscura, acristalada. «LIBRERÍA PALINURO», rezaba el rótulo. Y debajo, en letras doradas, perjudicadas por ese otro cáncer, el del tiempo, un lema que hacía sonreír a cuantos se detenían a comprenderlo: «LIBROS LEÍDOS. NI VIEJOS NI USADOS.»

La mesa donde trabajaba Antoni se encontraba al fondo, casi en la trastienda. «Desde aquí tengo una posición privilegiada para observar a los clientes, que no siempre son todo lo honestos que cabría desear», decía. Le recordé sentado en aquel lugar, con las gafas resbaladas sobre la nariz, la lupa en la mano y el ceño fruncido, entre un caos sempiterno de papeles y libros, estudiando algún detalle de una encuadernación o de una impresión especial.

Fue mi primer librero de viejo, pero también mi primer crítico. Le llevé mis primeros y horrorosos cuentos, cuando aún me sentía segura de todo y más escritora que nunca. En la trastienda tenía una cafetera eléctrica. Llegué a visitarle con tanta frecuencia que yo misma preparaba el café, mientras él buscaba las gafas y cambiaba la mesa a punto de desbordarse por un sillón de orejas de descolorida tapicería roja. Me sentaba frente a él, en una banqueta. Esperaba sus comentarios con el desasosiego con que un reo espera su sentencia. Por su culpa llegué a plantearme un par de veces dejar de escribir, cuando aún no había aprendido dos cosas fundamentales de mi oficio: que el mejor crítico es también el más duro. Y que un verdadero escritor no puede dejar de escribir pase lo que pase.

—¿Qué haces tú estudiando leyes? Entiendo que lo haga mi hija, que es una aburrida y odia los libros, pero tú. ¿No te aburres de aburrirte?

Virginia y yo fuimos amigas en la facultad, a pesar de que no teníamos nada en común. Ella era pasante en un despacho de abogados muy famoso y, con toda razón, se sentía muy or-

gullosa de ello. Yo había comenzado a trabajar en la sección de cultura de un periódico, una mera excusa que me permitía lo imposible cuando estás empezando: cobrar por escribir. Virginia no entendía mi odio hacia el Derecho. Yo no entendía su odio hacia la librería de su padre.

—Por nada del mundo quiero trabajar allí. Es horrible —decía.

Compré *La Vanguardia* en busca de la esquila. Había varias. Una de ellas, del gremio al que perteneció Rogés toda su vida. Antoni Rogés Graner. Tus compañeros te recordarán con admiración y agradecimiento, etcétera, etcétera. «La ceremonia tendrá lugar mañana, día 10 de agosto, a las 10.30 horas, en el Tanatorio de Sancho de Ávila. Barcelona.»



Llegué a las diez. Sala ocho. Sólo media docena de personas. Virginia iba disfrazada de viuda: falda negra por debajo de las rodillas, chaqueta a juego, blusa gris, el pelo recogido en una coleta. Estaba más delgada que en la época de la facultad. Algunas arrugas en la cara, lo normal. Tal vez un poco más sofisticada que antes. Tan seria como siempre. No me pareció mal balance después de veinte años.

—No tengo tu teléfono —me dijo, nada más verme—, por eso no he podido avisarte.

La besé en las mejillas. Nuestro abrazo duró un par de segundos.

—No te preocupes —le dije—, en Internet las noticias vuelan.

—¿Te has enterado por Internet?

—Sí. Tu padre lo habría encontrado deplorable.

—¿Quieres verle?

Señaló con la mirada la sala de vela. Esa especie de nevera gigante que es nuestra última morada en la tierra.

—No, gracias.

Estuve a punto de pronunciar uno de esos tópicos horribles

en que los seres humanos buscamos refugio en casos como éste: «Prefiero recordarle como era.» O podría haber dicho directamente la verdad: «Prefiero no tener que recordarle convertido en una versión liofilizada de sí mismo.» O bien: «Si no le veo, me olvido de mi propia muerte, que es la única que me importa.» Tengo por norma no visitar a los muertos de cuerpo presente, por respeto a quienes fueron en vida, aunque mucha gente no lo entienda.

—¿Cuánto hace que no nos veíamos? ¿Veinte años? —preguntó Virginia.

Corregí:

—No te pases. Sólo dieciocho.

—Tendrás que resumirme tu vida en veinte segundos. ¿Te has casado?

—Sí.

—¿Tienes hijos?

—Tres.

—Lo demás, ya lo sé. Te he ido viendo en los periódicos, a veces en la tele. Mi padre solía presumir de haber sido tu primer lector. Tu primer admirador, decía.

—¿En serio?

Un pequeño rebaño de parientes se acercaba mansamente por el pasillo. Virginia los miró, les saludó con un gesto inconcreto y abrevió su biografía:

—¿Sabes que ya no estoy en el bufete de Pacheco? Mi vida es todo lo contrario que la tuya: soltera, sin hijos, sin una relación estable. He acabado trabajando en lo que más odiaba y, encima, me acuesto con la competencia. ¿Qué te parece?

—Interesante.

—¿Por qué no vienes a la librería y te lo cuento con calma? Además, necesito que me ayudes con algo. Por eso buscaba tu teléfono hace unos días.

Los parientes acababan de llegar, adornados con esa falsa expresión de tristeza que conviene lucir en los entierros. Sobre todo al saludar a la única familiar del muerto.

—No lo eches en saco roto, por favor —dijo Virginia—, ven mañana a la tienda y te lo cuento. Abro de nueve a dos.



LIBRERÍA PALINURO. LIBROS LEÍDOS. NI VIEJOS NI USADOS. Palinuro era el piloto de la nave en que Eneas abandonó Troya, un tipo con una gran responsabilidad. Como lector, Rogés también era un clásico.

La persiana, a medio abrir. Pegado a un lado, un cartel escrito a mano: «Cerrado por vacaciones.» Al empujar la puerta, el alborotado campanilleo de otros tiempos. «Toque de cliente», recordé que decía Antoni Rogés, a quien de pronto esperé encontrar en su rincón de siempre, atento y ajeno al mismo tiempo, como si la muerte no hubiera sido nada, un paseo, un entretenimiento, un modo de cambiar los aires densos de su negocio por otros más livianos.

El olor, el que esperaba. Olor a naturaleza en descomposición, a objeto que nos aguarda. Y en el interior mi amiga Virginia, veinte años después de la última vez, en vaqueros, camiseta rosa de tirantes con una diana en medio del pecho y una escoba en la mano.

—Llegas pronto —dijo—, ¿quieres café?

—¿La cafetera sigue en la trastienda?

—Sí.

—Yo lo preparo.

—No, no te molestes. —Virginia deja la escoba, se sacude las manos, marca distancias—. ¿Te gusta fuerte o suave?

—Suave, gracias.

Pensé que conservaba su aire de abogada pija de siempre. Los detalles la delataban. Al cuello, collar de perlas. En los pies, unas manoleínas horribles de charol blanco, a las que no les faltaba ni el ridículo lacito a cuadros. No me pareció un calzado muy apropiado para hacer limpieza.

—Estoy de inventario —contradijo mis pensamientos, como

si hubiera podido escucharlos—. Hasta ahora no me había atrevido a tocar nada. Por si papá volvía.

—¿Y cómo te va?

—Fatal.

Me asomé a la trastienda. Ya no era el lugar polvoriento y caótico que yo recordaba. Ahora era una estancia aséptica, ordenada y de paredes pintadas de blanco donde se amontonaban ordenadamente libros y revistas. Olía a pintura.

—Lo único que he podido arreglar un poco ha sido esto. Hasta hace una semana aún era como tú recuerdas —me explicó.

«Espero que no le dé por hacer lo mismo con todo lo demás y sustituir los muebles por estanterías de Ikea», deseé.

La cafetera eléctrica había cedido su lugar a una Nespresso con todas las funciones.

—Te agradezco mucho que vinieras ayer —dijo mi amiga, con su sonrisa incontestable de otros tiempos, la que le hacía llevarse de calle a todos los candidatos, y también a todos los profesores. Su sonrisa de reclamar exámenes y salirse con la suya.

Me entregó la taza, se sentó en una banqueta, señaló con los ojos una pila de volúmenes y bajó la mirada para decir:

—Ya ves, al final me he convertido en lo que nunca quise ser.

—¿No te iba bien en el bufete?

—Me iba de maravilla. Llevaba yo solita todo el departamento de mercantil. Seis abogados y dos secretarías, sin contar el pasante. Éramos quienes más facturábamos. Pero es difícil transmitir confianza al cliente cuando el titular del despacho está en la cárcel por corrupción y delito fiscal. ¿Te suena la operación Pitiusa?

—Vagamente.

—Mi jefe fue uno de los cerebros. Le cayeron siete años. Y yo perdí el trabajo, claro. Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue que también perdí la fe. Y volví al redil. No tenía ganas de es-

tablecerme por mi cuenta, como hicieron otros. Lo único bueno es que mi padre se puso muy contento. Fui la hija pródiga. Luego enfermó, me pasó las riendas y se desentendió de todo. Creo que desde que vivía mamá no le había visto tan feliz. Algo es algo.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Por lo pronto, intentar no morirme de hambre. Este negocio es duro. No sé si son peores los colegas o los clientes. ¿Sabes que casi no hay librerías de viejo?

—¿En serio?

—Aún no sé si debo tomarlo como una ventaja o como un inconveniente. Tendré que ponerme minifalda más a menudo. Por si acaso.

Lo dijo con esa seriedad casi científica tan suya. Los años no habían enseñado a Virginia a tomarse la vida con un poco de sentido del humor. Consultó su reloj, apuró el café, dejó la taza sobre una repisa y se levantó:

—Te voy a enseñar lo que te dije.

La mesa de su padre estaba tal como la recordaba de la última vez que estuvo allí. Los papeles y los libros formaban varios montículos, no sólo sobre la superficie de roble, también en el suelo, junto a las patas torneadas. La lupa, la pluma y el tintero en sus puestos, listos para cumplir su cometido. A un lado, varias carpetas de plástico transparente, de colores distintos, identificadas con etiquetas.

—Últimamente a mi padre le interesaban más los papeles que los libros —explicó Virginia—. Pasaba horas mirándolos, clasificándolos, buscando la conexión que podía haber entre ellos. Decía que los papeles le contaban historias y que él disfrutaba escuchándolas. Alguna vez me contó alguna, pero yo no atendí. No tenía tiempo para esas cosas, no me parecían importantes. O igual lo que me falta es imaginación. El caso es que ahora tengo un montón de documentos que no entiendo y que mi padre veneraba. No quiero tirarlos, pero tampoco sé qué hacer con ellos. Y aquí es donde entras tú.

No comprendí lo que quería decir. Mientras hablaba, había seleccionado tres carpetas repletas de papeles y un par de libros. Continuó:

—No he tocado nada, en parte porque no me atrevo. Además —señaló a su alrededor, donde los miles de volúmenes parecían darle la razón—, ahora mismo tengo cosas más urgentes que ordenar. Me he decidido a informatizar todo esto y a vender por Internet. Tengo que hacer que suban las ventas como sea.

La miré sin saber qué decir. No podía creer lo que estaba escuchando pero, al mismo tiempo, me emocionaba la posibilidad de meter las narices en aquel montón de papel viejo.

—Me alegro de que la librería continúe —susurré.

—No deposites en mí demasiadas esperanzas —repuso.

—Tú tampoco.

Eché un vistazo a los dos libros que coronaban la pila que acababa de recibir. *Diccionario de Excéntricos y Egocéntricos en la Barcelona de antaño*, rezaba la cubierta de uno de ellos. Era una maltrecha edición de 1870, salida de la imprenta La Acacia, completamente desconocida para mí. Seguro que si el viejo Rogés hubiera estado allí, me habría explicado el linaje completo de aquellos impresores. El otro era un volumen mucho más moderno, casi nuevo, titulado *Valientes, aventureros y heterodoxos que merecen ser recordados*. Entendí que, de algún modo, los libros eran parte del encargo.

—Mi padre los consultaba todo el tiempo —me aclaró Virginia, señalando los dos ejemplares—; creo que, si aceptas, los vas a necesitar. Porque aceptas, ¿verdad?

Las campanillas de la entrada se alborotaron con un nuevo toque antes de que pudiera dar una respuesta. Tampoco esta vez era toque de cliente.

—¿Cómo va ese inventario? —preguntó una voz masculina que podría haber pertenecido a un domador de tigres.

Virginia dio un respingo y puso en mis manos las tres carpetas. La de encima era de color naranja.

—Estaba recogiendo —mintió. Luego bajó la voz para decirme—: Guárdalas, que no las vea.

Lo metí todo en mi mochila de cualquier manera. El domador de tigres me fue presentado como «Braulio Daza, un colega, de Libros y grabados Daza».

Tuve que reconocer que no había oído hablar de su librería en toda mi vida.

De mí, Virginia dijo que era «una escritora famosísima que estudió Derecho nadie sabe por qué».

Luego apagó las luces, echó la persiana y nos quedamos en la calle como pasmarotes. Me preguntaron si quería almorzar con ellos. Rechacé la invitación. Al despedirse con dos besos, Virginia me susurró al oído:

—Tómate el tiempo que necesites, no hay prisa.

Estaba ansiosa por abrir el cofre del tesoro. Caminé despacio hasta la Rambla y entré en la cafetería La Poma, pedí un café con leche y un agua con gas. El camarero me miró mal y sonrió al grupo de japoneses que unos pasos más allá se deleitaban con sus platos de paella.

Saqué de mi mochila las tres carpetas: una amarilla, una verde y otra naranja. La amarilla estaba llena de recibos y facturas antiguos. La mayoría llevaba la dirección de una casa de la Rambla de Santa Mònica. Sobre la verde, la letra de Antoni Rogés anunciaba: «Papeles de Ángel Brancaloneo.» Y sobre la naranja: «Papeles de *monsieur* Guillot.» Elegí esta última para comenzar. Los documentos eran de tamaños muy diversos y estaban numerados a lápiz. Al final, había una especie de índice, escrito con la letra picuda y meticulosa de Antoni Rogés, en tinta verde.

1. *Apunte manuscrito.*

2. *Breve correspondencia mantenida entre monsieur Guillot y el lugarteniente de la guarnición de Barcelona, general Giuseppe Lechi, seguida de la carta que remitió el capellán Girabancas al mismo general durante el verano de 1808.*

3. *Carta de Josep Xifré i Casas a su amigo V. P. Guillot y respuesta remitida por éste.*

4. *Carta del librero Francisco Codolosa a Serafín Girabancas en relación con la biblioteca perdida.*

5. *Carta que fra Sebastián Pier, padre dominico, bibliotecario del convento de Santa Caterina de Barcelona, envió a su superior, el abad de la congregación, dándole noticias de lo ocurrido con la biblioteca el 26 de marzo de 1823.*

6. *Carta de V. P. Guillot a su amigo Josep Xifré i Casas.*

7. *Carta del librero Vicente Salvá a su amigo V. P. Guillot que trata de diversas cuestiones muy peligrosas.*

8. *Menú para la boda de la señorita Carlota.*

9. *Informe sobre las actividades barcelonesas de la señora de Pérez de León, correspondiente al día 10 de enero de 1829. De Ángel Brancaleone, aprendiz de mercader de libros, a V. P. Guillot, filántropo.*

10. *Segundo informe sobre las actividades barcelonesas de la señora de Pérez de León, correspondiente al día 25 de enero de 1829. Escrito por Brancaleone para V. P. Guillot.*

La lista continuaba, pero preferí pasar a los documentos. Tomé el primero, marcado con el número 1: una hoja de papel de seda, más pequeña que una octavilla, rasgada por un lado. Caligrafía elegante y tinta diluida por el paso del tiempo. Decía:

*La nostalgia es el precio que debemos pagar por haber sido alguna vez felices.*

Debajo, unas iniciales y un apellido que aún no me decían nada: V. P. GUILLOT.

No hace falta más para que comience una historia.

Virginia acaba de heredar el negocio familiar: la librería Palinuro. Entre el montón de ejemplares, polvo y papeles que su padre acumuló, pronto aparece la historia de Carlota Guillot y la búsqueda de un libro, escurridizo y caprichoso, que formó parte de una de las bibliotecas particulares más sibaritas de la Barcelona napoleónica. Una historia prolongada a lo largo de las décadas más convulsas del siglo XIX en que la ciudad asistió, incrédula, a su mayor transformación: el derribo de las murallas y la urbanización de su paseo más emblemático, la Rambla.

*El aire que respiras* es un canto de amor a los libros, pero también a la ciudad de Barcelona. Después de leer esta gran historia coral, la ciudad no volverá a ser la misma. O será —otra vez— la que dejó de ser hace doscientos años.



"Hará felices a miles de lectores", Ricard Ruiz, *El Periódico*

"El poder de esta novela está en el modo de hacernos cambiar la percepción de las cosas y de nosotros mismos. Muy buena" Anna M. Gil. *Cultura/s. La Vanguardia*